

Lic. Luis Baliña, Arq. Alberto Bellucci, Lic. Ludovico Videla, Prof. Carola Blaquier, Mons. Juan Carlos Maccarone, Mons. Eugenio Guasta, P. Dr. José Rovai (Córdoba), P. Dr. Miguel Barriola (Córdoba), P. Dr. Alberto Espezel, Prof. Rafael Sassot, Prof. Rebeca Obligado, Prof. Carlos Hoevel, Prof. Lucía Piossek Prebisch (Tucumán), Dr. Jorge Saltor (Tucumán), Prof. Julia Alessi de Nicolini (Tucumán), Prof. Cristina Corti Maderna, Prof. Dr. Raúl Valdez, Carlos J. Guyot, P. Lucio Florio (La Plata).

Director y editor responsable: P. Dr. Alberto Espezel

Secretaria de redacción: Prof. Cristina Corti Maderna

COMMUNIO

- 5 Las edades de la vida
- Julia Alessi de Nicolini* 6 Los doce años
- Carlos Hoevel* 9 El joven
- Luis Baliña* 27 La crisis de la mitad de la vida
- Lucía Piossek Prebisch* 34 La vejez
- Erich Kock* 41 El filósofo ante la muerte. Llegamos adonde partimos.
In memoriam Josef Pieper.
- Carlos Schickendantz* 50 Muerte, purificación escatológica e integración del hombre.
Una contribución de Karl Rahner.
- Carlos Valiente Noailles* 60 Reflexiones en torno al ciclo vital de los bosquimanos
- Santiago Kovadloff* 82 Caín doliente
- Alberto Lago Freire* 90 La entraña del cristianismo, de Olegario González de Cardedal

Caín doliente

por Santiago Kovadloff *

Caín es, en sentido estricto, el primer hombre. Su nacimiento da vida a la paternidad de Adán y Eva. Caín es el primero gestado en el vientre del tiempo. Primer mortal oriundo de mortales, es la criatura plenamente humana.

¿Cómo perpetúa Adán, el padre, su traumático acatamiento a la diferencia entre él y Dios; cómo resguarda, en el tiempo, la memoria de su deuda con Él? A través de la ofrenda. Mediante el holocausto. En el Edén, Adán habitó en medio de la quintaesencia cualitativa de todo lo existente. En el Jardín plantado por Dios, y sólo en él, floreció la perfección y de ella Adán podía servirse si la preservaba. La excelencia estaba al alcance de su mano, desde que su mano supiera resguardarla.

Expulsado del Edén, el hombre, para reencontrar el fruto, deberá trabajar la tierra. Pero, una vez reencontrado el fruto por obra del trabajo, deberá separar la excelencia (lo edénico) de lo simplemente bueno (lo histórico) y ofrendar dicha excelencia a Dios en tributo de reconocimiento. Exceptuada del fruto cosechado la excelen-

**Santiago Kovadloff nació en Buenos Aires en 1942. Graduado en Filosofía por la Universidad de Buenos Aires, obtuvo su licenciatura con una tesis sobre el pensamiento teológico de Martín Buber. Es colaborador del periódico mexicano "Etcétera" y de "Cuadernos Hispanoamericanos" de Madrid. Escribe en La Nación de Buenos Aires y es colaborador de Communitio y de la revista Plural de la Sociedad Hebraica Argentina. Primer Premio Nacional de Literatura de la República Argentina en 1992 como ensayista. Entre sus libros de ensayo figuran: Por un futuro imperfecto, La nueva ignorancia, El silencio primordial, Lo Irremediable y Sentido y Riesgo de La vida cotidiana. En 1998 se incorporó, como miembro de número a la Academia Argentina de Letras.*

cia, lo demás pertenece por derecho al hombre. Al proceder de tal modo, consumando esta distinción que es discernimiento entre lo propio y lo ajeno, el hombre se sostiene en el saber de la diferencia sustantiva entre él, y su Señor.

Al hacerlo, honra esa diferencia que lo constituye y lo especifica. Señalando al Innombrable con la parte del fruto que le cabe, Adán se designa a su vez como otro que Aquél. Habita, así, la fecundidad de la disonancia. Acata lo que le fuera impuesto al dejar el Paraíso. La lección que en el Edén resulta inaceptable, fuera de él es, por fin, asimilada: Adán ha transitado de la ceguera en la autosuficiencia al empeño en la interdependencia. Con ello se aviene a quedar excluido de la excelencia para poder constituirse como sujeto. Al reconocer esa excelencia como atributo de Dios y no suyo, se vincula a él como hombre y se confirma como humano en el trato con su prójimo. La interdependencia, asumida mediante el acatamiento a la diferencia, es un acto de autoconstitución. Porque quien ofrenda, entendido como donante de reconocimiento, de nada se priva que afecte su esencia. Todo lo contrario. Al concretar, mediante la ofrenda, la alabanza del Señor, da lugar a su propia singularidad, la realiza. Confirma su fidelidad al destino finito que se le asignó, en cuanto que la expulsión del Paraíso es desarraigo de la comprensión de la excelencia como cosa homologable al hombre. Al diferenciarse de Dios, el hombre se distingue - en la acepción más alta del término; se abre vivencialmente al valor de su particularidad y la afirma. Y en esta autocomprensión el hombre se concreta de modo eminente, es decir como temporalidad reconciliada consigo misma. La alabanza a Dios mediante el holocausto es, pues, al unísono y para él, fiesta constitutiva de la existencia. Júbilo en el encuentro mediante la diferenciación. Es shalom, paz y amabilidad (1).

Si hay encuentro con Dios es porque no hay sinónimia posible entre Él y el hombre. Es la disonancia entre Uno y otro la que promueve la coincidencia. La heterogeneidad la que alienta la cercanía y la respalda. En la misma medida en que Dios no es Aquel en quien

(1) La palabra *shalom* guarda relación con *shelamin*. Según G. Gerleman (*Diccionario Teológico Manual del Antiguo Testamento*, Ediciones Cristiandad Vol II, pág 1169, Madrid, 1979) este último vocablo designa "La parte de Yahvé, o mejor dicho, a las partes grasas enumeradas y descritas con precisión que habían de quemarse en el altar". *Shelamin* (1168) figura en "la torá de los sacrificios, en LV. 1-7, donde se describe *Shelamin* como tercer tipo de sacrificios, se deduce que el ofrecimiento de este sacrificio coincide exactamente con el del holocausto".

el hombre puede reconocerse como idéntico, se impone como Aquel en quien el hombre habrá de desconocerse, es decir, como Aquel en quien el hombre pasa a ser para sí otro que Dios.

Su idiosincracia humana irrumpe en el encuentro con ese Dios que, con respecto a él, es pura alteridad y esa idiosincracia está más allá de toda mismidad posible; no es la identidad de lo idéntico (2).

No hay, pues, equivalencia posible entre los participantes, si lo que de veras importa es el encuentro entre ellos. La ofrenda, el sacrificio, la alabanza, hacen de esa distinción un hecho irreductible; le dan dimensión sagrada al encuentro en la diferencia. Sustraerse a ella, confundirse con Dios o consigo mismo en tanto que se dice todo, quedarse con la parte del Señor, es profanar el reconocimiento posible del Inapropiable, negar su singularidad y abolir, a la vez, la nuestra (3).

Al renunciar a lo que no le cabe - la excelencia- al hombre cumple su catarsis y se afirma sin rencor en su condición de inacabado. Situado como criatura, se admite y se siente partícipe de la creación. Lo que palpita más allá de sí se le revela y lo revela.

Volvamos ahora a Caín. Al negarle a Dios el debido tributo, Caín reniega de toda inscripción en la interdependencia. Obra, por lo tanto, retaceándole a Dios su sentido, expropiándolo y, en esa medida, sustituyéndolo.

Cuando en Génesis (4:4) se alude a la oblación de ambos hermanos, se dice que Abel la hizo mediante los primogénitos de su rebaño, y la grasa de los mismos.

De Caín se dice, tan sólo, que hizo "una oblación de los frutos del suelo" sin que se señale la calidad específica de lo ofrendado. No procedieron, pues, los hermanos, a brindar tributo equivalente. Abel da lo debido, en el sentido de lo adeudado; no así Caín. Elie Wiesel también subraya el hecho de que Caín no efectuó una ofrenda similar a la de Abel. Caín, recuerda Wiesel, sabía que su hermano lo había superado "trayendo ofrendas mejores que las suyas"(4).

(2). "En la alabanza de Dios la comunidad expresa su autocomprensión, su ser frente a Dios". (*Diccionario Teológico*, I, pág 694)

(3) (La alabanza) debe realizarse para que Dios sea reconocido, afirmado y confirmado en su ser divino, en la totalidad de su ser divino", (ob. cit. Vol. I. Pág 695)

(4) *Mensajeros de Dios, Retratos y leyendas bíblicas*. por Elie Wiesel, (Ediciones del Seminario Rabínico Latinoamericano, Buenos Aires, pág 50, 1981). Sin embargo, poco antes, Wiesel no se muestra decidido por esta interpretación. En la pág 40 de la ob. cit. dice: "Un día los dos hermanos, por diferentes razones sin duda, llevaron ofrendas a Dios. Y Dios por razones que no conocemos aceptó las de Abel pero no las de Caín".

En Su Epístola a los hebreos (11:4) su autor dice a este respecto: "Por la fe, ofreció Abel a Dios un sacrificio más excelente que Caín, por ella fue declarado justo, con la aprobación que dio Dios a sus ofrendas".

A consecuencia del rechazo padecido, Caín enfurece y se abate. Dios impugna su reacción. Caín no ha obrado bien y Dios se lo recuerda. No obstante, la tozudez de Caín no cede. No reacciona con menor contundencia ante esta segunda observación de Dios. Caín decidirá apartarse y, en la sombra, matará a su hermano. Busca, para consumar su delito, la clandestinidad; una distancia que estima posible en relación a Dios. Busca un afuera de Dios (5). No hay, sin embargo, para Caín, impunidad posible. Todo lo ve Dios y Caín deberá reconocerse como asesino; como culpable de la muerte de su hermano. Maldito e impuro, de nada valdrá, de aquí en más, que Caín labre la tierra: no le dará su fruto. Si al ser expulsado del Paraíso, Adán su padre, debió acceder al pan con el sudor de su frente, habitar el tiempo mediante el trabajo, ahora Caín resulta expulsado del trabajo. Se convierte, así, en "vagabundo y errante". Dios hace un nómada de él y es entonces cuando Caín toma conciencia de su delito: "Mi culpa es demasiado grande para soportarla". El Señor, no obstante, le impedirá quitarse la vida. Vivirá en el padecimiento de su culpa; vivirá para ser identificado con ella por los demás. La sentencia de Dios lo fuerza a habitar el tormento del espíritu. Si hubo una oportunidad para Caín ella tuvo lugar cuando Yavhé buscó su arrepentimiento invitándolo a que reflexionara sobre su ofrenda tramposa. Es en el asesinato donde la falsa oblación revela su sentido más profundo. Ambas, la mala oblación y el crimen, conforman una totalidad. En la falsa oblación comienza la ejecución del crimen. Un paso lleva al otro si entre uno y otro paso no media el arrepentimiento. Ese arrepentimiento al que Dios convoca cuando interroga a Caín tras su primera afrenta: "¿Por qué andas irritado y por qué se ha abatecido tu rostro? ¿No es cierto que si obras bien podrás alzarlo?" (Génesis 4:6). Caído en lo irreparable, devorado por el remordimiento sin mengua y el miedo de ser, él también, asesinado, Caín alcanza

(5) *La Biblia de Jerusalem* (Bilbao, 1975) dice *afuera* donde la *Nueva Biblia Española* (Ediciones Cristiandad, Madrid, 1975) dice "el campo". Y también dice "el campo" la *Biblia* en versión de León Dujovne y otros (De. Sigal, Buenos Aires, 1982).

ahora, paradójicamente, la singularidad. Se totaliza como ser repudiado y en ese repudio de los demás que es culpa propia se agota el sentido de su persona. Caín queda así señalado como prototipo del marginal. Como aquel que, a fuerza de obrar en consonancia con el anhelo de ser único, se ha quedado solo absolutamente: vacío de sí y repudiado por todos.

Me importa meditar sobre el dolor de Caín. No sobre el dolor que lo atormenta tras el crimen sino sobre el dolor el que lo conduce a él. El dolor de Caín es, ante todo, el de saberse criatura. Lo desespera no poder homologarse a la plenitud; no totaliza en sí los atributos de la excelencia. no puede, por eso, honrar a Dios sin llenarse de resentimiento. Adán se ha resignado a la historia; Caín no. Abel cumple con el mandato impuesto a su padre; Caín no.

El odio se consume constituyendo a su objeto de matices significativos. Es imperioso que alguien ya no sea alguien precisamente para que otro pueda, entonces, embestir criminalmente contra él. El acto del crimen presupone una desacralización radical y no sólo de la víctima. Atañe también al victimario. Para hacer del otro un blanco, con contorno vacío, es preciso que al unísono, un asesino pierda, él también, toda particularidad personal, toda responsabilidad subjetiva. Un paso previo, sin embargo, es necesario para desembocar en lo irreparable. Antes de ser nadie para el asesino, el que va a morir, ha de ser un-todo-insoportable para él. Dios y Abel encarnan lo intolerable para Caín. De allí la inmediata concatenación entre el rechazo que hace Dios de la ofrenda de Caín y el asesinato de Abel. Escatimando la excelencia a Dios y privando de vida a su hermano, Caín expresa su rebelión contra el destino temporal que le cabe. Lo irrefrenable de su deseo de retorno al Edén. Para lograr lo que se propone, debe convertirse en usurpador. Mediante su holocausto fingido sitúa a Dios en el lugar de la criatura y, a sí mismo, en el sitio del Creador. Desprendiéndose de su hermano, cree consumir su ingreso a lo absoluto: con Abel desaparece de su lado quien encarna lo que odia.

La ley desvela a Caín, lo agobia. Lo ahoga el saberse inscripto en una voluntad que trasciende la suya. Desprecia por estéril el sufrimiento impuesto por el acatamiento del límite. Aspira a lo ilimitado como garantía de disolución del dolor. Y por ello su existencia

se consume en la disconformidad. Detesta su inscripción en el tiempo; los frutos que esa inscripción le asigna le parecen impropios y repudiables. Opta, entonces, por vivir de espaldas a Dios y se queda con lo que no es suyo: arrebatada la oblación destinada a Dios y la vida de su hermano. Lo enloquece la presencia del Otro que pone coto a lo de uno y a uno. La inscripción en el límite lo angustia y promueve el robo y el crimen. La indignación divina y la muerte de Abel son consecuencia del padecimiento inelaborable de Caín al tomar contacto con la ineludible alteridad. Caín no soporta el misterio ni la pertenencia de su ser a otra verdad que la dictada por su resentimiento. Hay un momento en el que Caín se decide: lo será todo porque de no ser así se concibe anonadado. Se trata, en el fondo, de una renuncia a la vivencia religiosa. En Caín queda abolido el sentimiento de interdependencia. Es un hombre aislado en el desprecio. En su fantasía alocada se unge a sí mismo en correlato de la totalidad: se ha quedado con lo impropio al retener la parte de Dios; al disponer de la vida de su hermano(6).

Al no poder transitar hacia la incorporación del límite que libera y hacia el holocausto que celebra el encuentro en la diferencia, Caín se empantana en el dolor que enceguece. Si no puede con la muerte será, al menos, como la muerte: sepultará toda alteridad, reducirá a su sola medida lo existente, aniquilará las diferencias. Para Abel, el límite es un *trait d'union*, el punto de enlace que lo vincula a cuanto lo excede. Abel no abandona jamás el reconocimiento de la alteridad. Otro es Dios para él, y otro su hermano. Cuando Caín le ordena acompañarlo afuera, él no duda en hacerlo porque lo reconoce como primogénito. No espera, al seguirlo, otra cosa que ser igualmente reconocido. Cuando Caín cae sobre él, lo sorprende arraigado en su fe, en el acatamiento jubiloso de la alteridad. Su pasividad ante la agresión no es otra cosa que horror ante lo inconcebible. No basta ser un justo a los ojos de Dios para escapar al tormento. Es preciso que el justo sea a los ojos del prójimo. Es en esos ojos del prójimo donde el justo debe ver garantizada su significación y aun su supervivencia, porque solo así el Señor se sabrá reconocido. Cuando Caín se desconoce como guardián de su hermano, se desconoce como custodio de la diferencia; como aquel que debe preservarla a través de

(6) Wiesel tiene razón: "Cualquiera que se tome a sí mismo por Dios termina asesinando a otros hombres". Pág 52, ob.cit.

su discernimiento y veneración. Dejando de ser el guardián de su hermano pasa a ser entonces el enemigo de su singularidad, el agresor de la singularidad. El que escapa a la evidencia de que ser significa, en nuestro caso, ser mediante el cuidado del otro. Alteridad que es tanto la de uno como la de ese otro. Para Caín, el límite sólo separa y humilla en la medida en que frustra la sed de homologación y el sueño de protagonismo exclusivo. En Caín se encuentra obstruido el goce de la confluencia con Dios y el anhelo de que la propia melodía se una a Su misterio (7). De hecho y desdiciendo las palabras del salmista, si algo ya no quiere Caín es morar en la casa de Yahve (8).

Esa confluencia de la eternidad con el instante a la que llamamos existencia constituye para Caín un motivo exclusivo de tormento. Lo que en Adán termina siendo observancia de la disposición divina, en Caín es convulsión y beligerancia criminal. Caín simulará abnegación donde no la siente y su oblación no sólo será imperfecta sino intencionalmente imperfecta. Simulará una fe que no tiene. De esa simulación nos habla la pretensión de que su doble delito no se reconozca. El misterio, para él, es martirio. El milagro de haber sido uno por única vez no consiste en él más que en el insoportable pesar de tener que dejar de ser. No hay matices en Caín. Digamos que él desconoce "el dolor que fertiliza" del que nos habla Baudelaire. No puede transitar el sufrimiento; se consume en la desesperación.

¿Qué amparo puede haber para el hombre cuando se rebela contra su inscripción temporal al punto de pretender excluirse de la finitud y, aún así, vivir? Caín resuelve revertir lo que está escrito. Pretenderá forzar las puertas del Edén. Decide desandar el camino de su padre, burlar la custodia del ángel y reinstalarse donde ya no le corresponde. Inflexible ante sus graves infracciones, Dios lo condena. La errancia sin fin que le impone hace de Caín un ser sentenciado a padecer lo que más deseó: la intemporalidad. Ya no habrá para él sucesión, suceder, desplazamiento. Habitará un presente congelado que le impedirá pasar del espacio al tiempo. Desbordado el límite, no será aquel que su delirio presumía, sino el excluído. Al destinarlo a la errancia, Dios lo condena a la inmovilidad. La inmovilidad no es la quietud de lo estático sino la intranscendencia del movimiento. No

(7) Salmo 27.

(8) *Biblia de Jerusalém*, Salmo 27, pág 735.

se está inmóvil porque no se da ningún paso sino porque el paso que se da no nos lleva a ninguna parte. Caín queda petrificado en su malignidad, transformada, ahora, en culpa sin remedio y repudio sin atenuantes. Expuesto sin pausa a la luz de su propia bajeza, padecerá la ausencia de matices que previamente le permitió desobedecer y matar; así, Caín se convierte en el habitante del peor desasosiego. El reverso del tiempo no equivaldrá a la reconquista perdida con el Edén sino a la reducción de su espíritu al suplicio propio y el repudio ajeno. Caín queda estigmatizado en la imposibilidad de sustraerse al instante de su transgresión. Su sola eternidad será la del tormento. Con su asesinato convertido en una verdad abierta, inocultable, Abel ha pasado a ser, en la conciencia de Caín, el que ya no puede ser eludido de ninguna manera, el solo contenido de esa conciencia. Su cuerpo es el cuerpo del delito y en la culpa de haberlo exterminado se agotará la identidad de Caín.

Si bien Adán y Eva se condenan a muerte al probar el fruto prohibido, Abel es, de hecho, el primer hombre que muere. Y el primero que muere no sólo es un justo sino que es un justo que muere asesinado. Puede, por eso, concluirse que lo que Caín intenta es un teicidio. Sin la criatura que cordialmente lo admite, Dios no subsiste como lo que esencialmente importa. La eternidad de Dios no guarda sentido si su misterio se ve privado de una conciencia piadosa que, como Buber quería, lo signifique dialógicamente. Si Dios no es un Tú ineludible, es otro irrelevante. Al condenar a Caín, Dios reacciona drásticamente ante el hombre que pretende sustraerlo a su cauce vincular para sentenciarlo a ser materia de posesión. Caín quiere a Dios cautivo. Encerrado y disuelto en sí mismo. Caín es el hombre doliente que, ante el prójimo ineludible y la finitud insoslayable, se repliega hacia la decisión obcecada y bestial de no ser sino totalidad, plenitud usurpada.